

manera. 52 eran los años del siglo mexicana, y 104 los de la edad ó *Huehueliztli*. Estos dos ciclos nos dan las calaveras de cada una de las orlas separadas, y de las dos unidas. Que la urna representa el *Mictlan*, no puede dudarse, dados los ornamentos que tiene. Pues bien: la deidad principal que está figurada en relieve sobre su cara más ancha, de ambos lados, es la *Omecihuatl*, es decir la vía-láctea. Lleva un penacho de plumas, y el *Cipactli* sobre la frente. El penacho está adornado, en la parte de atrás, con una gran estrella, de la cual caen como pinjantes otras dos estrellas. En la oreja tiene otra estrella. Lleva un collar con seis glifos. Entre sus labios abiertos se ve su lengua. Sobre el pecho muestra un signo, como de cuadrados concéntricos mal figurados, semejante al que se ve en la base de la pirámide de la *Omecihuatl* del Museo, que acabamos de describir. Su falda semeja mayas. En cada una de sus manos lleva un ramo, formado de una estrella con glifos. No puede dudarse de que es la diosa creadora de los astros, la vía-láctea. Pero á mayor abundamiento, la deidad masculina que la acompaña en las caras menores de la urna, es el dios creador. Tocado de plumas, astros por orejeras y pinjantes, collar con glifos, en la mano izquierda abanico ó ramo con glifos como la otra deidad, y en la diestra la hoja rara, cuyo significado aún no comprendemos, y que hemos visto al *Ometecuhtli* en el *Xipe* de bronce de Palemke.

Con todo lo expuesto queda claramente demostrado, que el *Mictlan* estaba en la vía-láctea, y que en ella iban al fin de su viaje á perecer los difuntos, y á convertirse y confundirse con la materia madre de que habían salido. ¿Pero podremos precisar en qué lugar de la vía-láctea estaba? No olvidemos que el Sr. Troncoso piensa, que daban diversos nombres á los diferentes lugares de esa nebulosa. Bajo esta consideración, bien pudieron dar á lugar determinado de ella el nombre de *Mictlan*, y ser él el sitio especial adonde iban los difuntos.

Desde luego la circunstancia de llamarse *Mictlampa* el norte, hace creer que el *Mictlan* estaba en esa dirección de la vía-láctea. Bastaría sin duda esta sola consideración; pero bueno es buscar alguna confirmación jeroglífica. Al tratar de los nueve cielos, (1) dijimos que el del norte llevaba el nombre de *Ilhuicatl-Mictlampa*, y que en él estaban representados dos *tecpatl*, lo cual daba también el nombre de *Ilhuicatl-Ometecpatl*. Llamamos la atención sobre que este cielo estaba presidido por *Mictlantecuhtli*. Esto á su vez nos explica por qué al norte le llamaban igualmente *Teotlapan*, ó sea «donde está el dios del fuego sobre el agua.» Recordemos que los muertos se presentaban á *Mictlantecuhtli*, antes de ir á perecer donde está la lagartija verde. Todo esto confirmaría suficientemente, que el *Mictlan* estaba en el norte de la vía-láctea; pero veamos la pintura relativa.

Es la de la página 32 del Códice Borgiano. Representa un gran cuadrado ceniciento y labrado, de la manera que hemos visto figuraban á la vía-láctea. Dentro de él hay otro cuadro rojo, y en su centro el *Ometecpatl*. Ésto nos basta para comprender que esta pintura representa el norte de la vía-láctea. Si observamos con atención la pintura, vemos que el *Ometecpatl* está sentado sobre una calavera toda sembrada de puntos rojos y amarillos, que semejan estrellas. En el centro de la orla nebulosa superior, está una figura blanca con cara de calavera, y que tiene cogida con la mano por la cabellera una cabeza de muerto. Las dos figuras de las esquinas de la misma línea, llevan cada una en la mano una calavera. En la línea inferior nebulosa, hay en el centro una figura roja, también con cara de calavera, y que también toma con la mano la cabellera de una cabeza de muerto. Las dos figuras de los extremos de la línea inferior tienen á su vez calaveras en las manos. Tanto en la orla derecha como en la izquierda, hay figuras con cara de calavera, que llevan en las ma-

(1) Página 276.

nos por los cabellos cabezas de muerto. Ésto es suficiente para decir, que la pintura representa el *Mictlan* en el norte de la vía-láctea. Pero á mayor abundamiento, debajo del cuadrado está representada gráficamente esa franja norte de la vía-láctea, con las garras de la deidad, y por cara una gran calavera. Para significar el norte, en el centro de la franja está el *Ometecpatl*.

Sin duda el lector habrá observado en cierta época del año, cómo la vía-láctea se extiende en el norte, inmediata al círculo polar, y de allí parten sus dos ramales en dirección del sur. Esa faja compacta del norte era el *Mictlan*, y allí llegaban á perecer los difuntos, y la materia muerta á confundirse con la materia eterna.

El dominicano Ríos, interpretando la figura 4 de la lámina I del Códice Telleriano-Remense, dice, en confirmación del rumbo del *Mictlan*, las siguientes frases: «Cada año quando hazian la fiesta de los muertos, mientras los sacerdotes hazian los sacrificios; todo el pueblo, cada uno en su casa, se subía sobre las azoteas de su casa, y mirando házia el Norte, hazian grandes oraciones á los muertos, cada uno á los que eran de su linage....»

Terminaremos tan importante punto con una observación. El viaje de los muertos duraba cuatro años. Vemos ya, cómo la cronología se impone en la misma teogonía, como se impuso también en las costumbres y en la historia. El período menor de la ciclografía mexicana era el de cuatro años: este período duran peregrinando los difuntos, antes de llegar á aniquilarse á la vía-láctea.

Ocurre pensar, que los indios fijaron este período de cuatro años en consideración de los cuatro astros cronológicos, por cuyos cielos iban á pasar los muertos. Lo cierto es, que por ellos pasaban para hacer su último viaje. ¿Acaso pensaban los mexicanos, que los muertos permanecían un año en cada uno de esos astros? No lo sabemos, aun cuando puede creerse por buena inducción lógica, pues cuatro eran los años de viaje, y eran cuatro también los astros por cuyos cielos ese viaje se hacía.

Lejos estamos de inferir por ésto, que los mexicanos creían en la pluralidad de los mundos; pero por lo menos los muertos hacían estancia pasajera en los astros, y volvían á la nada en la nebulosa madre de ellos.

Tales eran las sublimes concepciones de los nahuas sobre la muerte, y sobre la deidad que la presidía.

CAPÍTULO VIII.

El *Tlalocan*.—Resumen de las ideas de los cronistas.—Opiniones erróneas de los cronistas sobre que el *Tlalocan* era el Paraíso terrenal.—Su refutación.—El *Tlalocan* era el lugar adonde iban á perecer determinados difuntos.—Comprobación.—El himno á *Tlaloc*.—El dios *Tlaloc*.—Su descripción.—Su máscara.—Etimología de su nombre.—*Tlaloc* era sinonimia de la vía-láctea, y el *Tlalocan* estaba en sus ramales.—Pinturas del Códice Borgiano.—Los *Tlaloques*.—Pinturas del Ritual Vaticano.—Aspecto de la vía-láctea en las cuatro estaciones.—*Quechytotl* de serpiente.—Su descripción.—El arte que revela.—Su parte exterior representa a *Mictlan-cihuatl*, y las dos caras extremas á *Omecihuatl*.—Los brazos ó ramales son el *Tlalocan*.—Parte superior del yugo.—Los dientes de *Tlaloc*.—Comparación con la figura del *Tlalocan* de la urna cineraria del Museo.—La parte superior del yugo representa el *Tlalocan*.—Concordancia de las ideas expresadas en el yugo con las teogónicas de los nahuas.—El Olimpo indio.—Yugo del Museo.—Explicación del Sr. Gondra.—Disquisición sobre el uso del *Quechytotl*.—Su empleo en los sacrificios.—Nuevas ideas del Sr. Troncoso.—Pruebas del uso del yugo en los sacrificios.—Etimología de *Quechytotl*.—Sangre de los sacrificados en el yugo.—*Tamoanchan*.—Su identidad con el *Tlalocan*.—Confirmación de las ideas expuestas.

No era el *Mictlan* el único lugar adonde iban los muertos, si bien la gran mayoría de ellos allí perecía. Otro lugar existía para determinados muertos, y se llamaba *Tlalocan*.

El Sr. Orozco y Berra resume lo poco escrito por los cronistas sobre este punto. (1) «El segundo lugar, dice, (2) para el descanso de las ánimas se decía *Tlalocan*, lugar de *Tlaloc*, ó como traducen los autores, paraíso terrenal: era un sitio fresco, ameno, abundante en mantenimientos, tranquilo, satisfactorio y mansion de los dioses llamados *Tlaloques*. Los muertos de rayo, hidrópicos, leprosos, bubosos, sarnosos y gotosos, iban a aquel lugar, y sus cuerpos en lugar de quemados eran enterrados. A los cadáveres ponían semillas de bledos sobre el rostro, en la frente color azul y papeles cortados, y en la mano una vara que debería reverdecer en el paraíso.»

Desde luego volvemos a encontrar el empeño de los primeros frailes, de adular las ideas religiosas de los indios, para acomodarlas á las tradiciones cristianas. Así como en el *Mictlan* creían haber hallado el infierno, suponían en el *Tlalocan* un paraíso lleno de delicias. Si tal cosa fuera cierta, los indios habrían creído en la inmortalidad del alma. Merece, pues, este punto nuestra especial atención.

Sorprende lo muy poco escrito sobre el *Tlalocan* por los primeros cronistas: un párrafo de Sahagún, otro de Torquemada, repetición de aquel, y apenas dos renglones de Mendieta. (3) Hay, sin embargo, dos importantes pasajes de Sahagún relativos á esta materia. Uno es la oración á *Tlaloc*: (4) en ella repetidas veces se habla del cielo y del infierno, manera de traducir *Mictlan* y *Tlalocan*, siguiendo las ideas cristianas. Otro es el discurso que un padre dirigía á su hijo para recomendarle la casti-

(1) Sahagún, tomo I, página 264. Torquemada, tomo II, página 529.

(2) Historia Antigua de México, tomo I, página 51.

(3) Historia Eclesiástica Indiana, página 96.

(4) Historia, tomo II, página 64.